

de la crianza de D. Juan de Austria en esta villa. Consta en la Descripción de Leganés, que para en la Librería del Escorial y en la Crónica de los Carmelitas Descalzos de Loeches.»

Madrid 17 de Octubre de 1913.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

IV

OBRAS DE D. F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT

I

Príncipes y caballeros.

En uso de la facultad que le conceden los Estatutos de nuestra Academia, el señor Director ha tenido á bien designarme para informar acerca del libro, poco ha publicado, que con título de *Príncipes y caballeros*, forma el volumen primero del conjunto rotulado *Obras de D. F. Fernández de Béthencourt, individuo de número de la Real Academia de la Historia.*

Grata como me es siempre la lectura de un buen libro de Historia, grato me es también en casos tales el ejercicio de la facultad crítica, que parece satisfecha de sí misma al penetrar en la entraña del pensamiento del autor, al saborear las bellezas de la obra, al apreciar y discernir la conformidad ó disconformidad que pronto provoca la lectura entre el autor y el lector, en materia de fondo como de forma, en lo tocante á escuela histórica como en la expresión literaria, en la elección de asunto, en el modo de desarrollarlo, en todo aquello, por fin, que, fundido y envuelto, resuélvese en una producción original en que se destaca vigorosamente una personalidad.

Pero si la obra de referencia se debe á un colega ilustre hacia quien el momentáneo *ensor* se siente unido por los lazos de una

sincera estimación y de la confraternidad académica, sobre proporcionar un placer doblado, parece como que impulsa á un elogio difícil de contener entre los puntos de la pluma... Este es el caso del reciente libro del Sr. Fernández de Béthencourt, para juzgar del cual, ya que no con acierto, á lo menos con imparcialidad, olvidaré, hasta donde me sea dable olvidarlo, que su autor es un amigo y un académico de la Historia.

Por sus condiciones materiales, que es lo primero que, como dicen, *entra por los ojos*, el libro, impreso en el establecimiento tipográfico de Jaime Ratés Martín, es un excelente producto que honra á los tórculos matritenses. Buen papel, claros y hermosos tipos elzevirianos, blanca cubierta, con estampación en dos tintas, son la envoltura del libro, dispuesto en 8.º mayor y con una extensión de xi + 515 páginas. Y ya que á los caracteres más visibles del volumen me voy primeramente contrayendo, no he de olvidar el castizo colofón, que acredita el buen gusto del autor, al no prescindir de un miembro para el bibliógrafo tan simpático; ni menos el artístico retrato de Fernández de Béthencourt, frontero á la portada, en que la heliografía Dujardin reproduce un clisé de un *fotógrafo* distinguidísimo, del caballeroso Conde de Guaqui, que no se ha desdeñado de avalorar aún más con un producto de su *taller*, el reciente libro del historiador de la nobleza española.

Atendiendo al orden material, el libro se distribuye de esta manera:

Cubierta.—Guarda.—Retrato.—Portada primera, general de la colección.—Portada segunda, privativa del volumen.—Índice.—Dedicatoria: «Á S. M. la Reina Nuestra Señora Doña Victoria-Eugenia (q. D. g.)».—Al que leyere.—Prólogo de S. A. R. la Infanta Doña Paz.—Texto, que consta de 50 artículos, numerados con números romanos.—Bibliografía del autor.—Colofón.—Cubierta posterior.

La dedicatoria á S. M. la Reina, tan sentida y respetuosa como es razón, nos hace saber la de la publicación de este libro, algunos de cuyos trabajos, diseminados acá y allá, había querido conocer nuestra Augusta Soberana.

Sin perjuicio de corroborar esto mismo en el prólogo, en él expone el autor otro motivo, por lo menos tan convincente como el anterior, de la aparición del volumen. Un escritor cualquiera vierte su pensamiento por espacio de años y más años en periódicos, revistas y hojas volantes. Poniéndonos en el mejor de los casos, el escritor es momentáneamente leído; pero al cabo de poco tiempo, acaso de pocos días, las tales hojas impresas se diseminan, se arrumban ó se destruyen; no hay un piadoso tejuelo que recuerde al leyente que tal ó cual escrito de nuestro autor yace en el fondo de esta ó de la otra colección—*rari nantes in gurgite vasto*—envueltos en un mar de tinta; y el consabido escrito, tal vez muy interesante, tal vez mucho más interesante que muchos libros, cae en la profunda sima del olvido. Y es que, según dice bien Béthencourt, «mientras lo que se escribe no se convierte en libro, resulta al fin como si no se hubiera escrito nada...», y parece que es hasta un deber, para el que escribe convencido, poner de su parte cuanto pueda para que lo que ha escrito quede, y en el correr de los tiempos convenza alguna vez á los demás». Al reunir, pues, nuestro compañero estos trabajos en un volumen, ha salvado del forzoso olvido á algunos de ellos, y ha procurado que convenzan á sus futuros lectores; pero ha hecho más todavía: ha prestado un eminente servicio á los amantes de los estudios que constituyen su especialidad, facilitando consultas que, á no estar reunidos los trabajos, habrían de resultar difíciles, fatigosas y casi imposibles.

El prólogo de Béthencourt no es solo como debe ser todo prólogo, el anticipo del libro; es también un reflejo del autor mismo y de sus sentimientos; es un auto-retrato sincero, trazado con toda la sinceridad á que el leyente tiene derecho, no obstante la frecuencia con que en el tal derecho es defraudado en los insinceros tiempos en que vivimos. En consonancia, pues, con el carácter del escritor, el prólogo anuncia que la obra es en el fondo una entusiasta defensa de la Monarquía y de la Nobleza. Encaminados todos los trabajos que en el volumen se contienen á dar á conocer y á estimar á egregios personajes y á distinguidos sujetos del mundo aristocrático, es en resumen la obra—nos lo

confiesa el autor—un libro de propaganda conservadora, en el alto sentido del vocablo, de propaganda monárquica decidida y enérgica, que es como decir de ardiente y vigoroso españolismo. Por lo que se declara en el prólogo, trátase, sí, de un libro *tendencioso*, bien que de sana tendencia; que aunque generalmente este sustantivo suele echarse á mala parte, no siempre están en pugna lo tendencioso y lo verdadero, y éste es sin duda uno de los casos en que la tal verdad puede asentarse. Y á fe que, prescindiendo de lo literario, en estos tiempos en que todo parece volverse contra la nobleza histórica, en el seno de la cual, mezcladas con defectos de que ninguna clase se halla libre, no es raro encontrar cualidades y virtudes que suelen desconocerse, negarse ó atenuarse, no es pequeño mérito en un libro volver por los fueros de la verdad, aunque la verdad sea más ó menos impopular; por lo que su aparición debe señalarse con piedra blanca en el reducido campo en que conviven las escasas defensas modernas de la asendereada nobleza española y no española.

Notable realce para el volumen es el breve prólogo de Su Alteza Real la Infanta Doña Paz, quien con la sencillez é ingenuidad en ella características, da una prueba de afecto y de agradecimiento al escritor, al fiel amigo de nuestra Real familia, y, como ella dice bien, al «noble defensor de Príncipes y Caballeros».

Y en este punto llega el lector á habérselas con el verdadero texto del libro. De los 50 artículos que, como queda dicho, le componen, unos habíanse publicado en revistas y periódicos de Madrid, de provincias y del extranjero; algunos, aunque no muchos de ellos, recopilábanse pocos años ha en el librito rotulado *Para cuatro amigos* con que regaló á los suyos el autor; y no faltan otros, hasta ahora inéditos, y por tanto desconocidos, que así por esta circunstancia como por sus mismos asuntos, resultan de lo más interesante de la colección.

Acaso en gracia á la mayor variedad, no se propuso el autor ordenar las disquisiciones que en el volumen aparecen por verdadero orden de materias, sino que presenta los asuntos salteados y en un como amable desorden. Yo, por mi parte, y ante las

conveniencias de mi obligada condición de ocasional crítico, me permitiré establecer diez divisiones ó apartados que, como los diez mandamientos, se encierran en dos más fundamentales, es á saber: el grupo de artículos y estudios de carácter preferentemente subjetivo, en que se destaca más vigorosa la personalidad del autor; y otro grupo que podría llamarse objetivo, en el que el autor é historiador queda más en segundo término, tras los personajes y las familias que son objeto de sus jugosas disquisiciones. Una rápida reseña del contenido de ambos grupos confirmará, creo, lo que acabo de enunciar.

En el grupo subjetivo constituye el primer subgrupo, que llamaré patriótico, un solo artículo, el XXXIV, titulado *¡Españolicémonos!: un verano en Galicia y Asturias*, en el que se pregona elocuente y enérgicamente la utilidad para los españoles de conocer y visitar las regiones españolas, rebosantes en Naturaleza, Historia y Arte; la conveniencia para nuestras familias linajudas de dedicar una temporada del año á la casona solariega ó al palacio rural, emblemas de nuestra tradición nobiliaria, y la necesidad de que los españoles nos españolicemos de nuevo en vez de *européizarnos*, que en la jerga corriente es sinónimo de *afrancesarnos*.

Considero comprendidos dentro del segundo subgrupo los artículos en que como nota peculiar domina un ardiente *monarquismo dinástico*. Dos son ellos, y me limito á dar sus títulos: el número I, *Mi primera audiencia con el Rey D. Alfonso XII*, y el número VI, *El nacimiento del Rey*.

Más numeroso el que yo clasifico como subgrupo tercero, compónenlo estudios doctrinales y de índole legal y escritos de controversia, en los que, con las naturales vistas á la historia genealógica, campo siempre predilecto para el autor, se declara y establece la buena doctrina, en oposición á opiniones y afirmaciones dictadas por el desconocimiento de la materia ó por la pasión política. Entiendo que los artículos que forman este núcleo son de lo más sabroso é interesante que encierra el volumen, con ser tan interesante todo él. Si se duda de mi aserto léanse el artículo VII, *La boda del pretendiente D. Carlos*, en que se demues-

tra que, no obstante el ilustre rango de Doña María Berta de Rohan, fué desigual el segundo enlace contraído por el Duque de Madrid; el artículo VIII, *El título francés de Duque d'Anjou*, en que se prueba la sinrazón con que cierto General español, pariente de nuestra Real familia, tomó para sí lisa y llanamente aquel histórico título; el IX, *La «Maison de France» y la Casa Real de España*, por el que se ve que son de todo punto independientes y diversas las dos Casas Reales, la de España y la de Francia, no obstante su comunidad de origen; el XV, *Los Rohan y el Carlismo*, en que quedan en su verdadero punto la significación y la condición histórica de los Rohan, gran raza feudal cuyos individuos, no obstante, no gozan del rango de Príncipes de la Sangre; los XIX y XX, *La boda de la Princesa de Asturias* (de los mejores de la colección), en que con razones históricas, políticas y de índole personal, se justifica, por modo irrefragable, el enlace de la malograda Princesa Doña Mercedes con D. Carlos de Borbón, vástago esclarecido de la augusta familia de Nápoles; los XXVII y XXVIII, *Los apellidos del Rey de España*, en que sostiene, con fundamento á mi juicio, que el segundo apellido de nuestro monarca es Austria y no, como algunos quieren, Habsburgo-Lorena; los XXX, XXXI y XXXII, *El matrimonio del Rey: polémica histórico-política*, donde con suma lucidez se exponen los antecedentes históricos de los Príncipes de Battenberg, por su filiación de la casa de Hesse ó de Brabante; se define la situación que dentro de las familias reinantes de Europa les corresponde; se defiende el perfecto derecho con que desde el punto de vista del consuetudinario que suele presidir los casamientos regios puede un vástago de la gran raza Capetina enlazarse sin detrimento de su augusta representación, con una Princesa Battenberg, y, en fin, se restablece la verdad respecto de la persona y de la ascendencia de la Condesa Julia de Hauke, abuela paterna de la actual Reina de España, desconocida ó desfigurada por algún publicista contemporáneo; el número XXXVI, *El Infante D. Alfonso de Orleans y la pragmática de Carlos III*, en que sostiene que la famosa pragmática de 1776 era de todo punto inaplicable al caso del matrimonio del hijo de la Infanta

Doña Eulalia; el XXXVII, *El sucesor de D. Jaime y el derecho sálico en España*, en el que asienta fundadamente, contra las opiniones del Sr. Vázquez de Mella, que si el Pretendiente D. Jaime de Borbón falleciera sin descendientes legítimos, la ley del Derecho Sálico se encarnaría, sin sombra de duda, en el Rey D. Alfonso XIII, felizmente reinante; y, en fin, el XLIX, *Los parientes de los Reyes: los Príncipes de la Sangre en España*, en el que al elogiar los Reales decretos de 3 de Agosto de 1908 y 21 de Mayo de 1912, que disponen que á los hijos legítimos de los Infantes D. Carlos de Borbón y D. Alfonso María de Orleans se tributen iguales honores que á los Infantes de España, como Príncipes de la casa de Borbón, aboga porque se dicte una medida general ordenándose que toda la descendencia directa de los Infantes de España nacida de *matrimonio igual* sea siempre reconocida y considerada como formando parte de la Familia Real con el tratamiento de Alteza, que legítimamente les corresponde.

Forman el que designo como subgrupo cuarto seis artículos cuya índole característica es el sentido filosófico-moral en que se inspiran. Así el artículo XI *Los últimos Osunas y la mujer de Loth*, sugerido por la ruidosa ruina de la casa de Osuna, después de la muerte del Duque D. Mariano. Así también el XLVI, *Los últimos palacios: el de los Condes de Oñate*, de melancólicos tonos, inspirado á su vez en la desaparición de la histórica casa del principio de la calle Mayor, que sigue á la de otras muchas nobles moradas del antiguo Madrid que se va yendo. Y á este mismo subgrupo corresponden otros cuatro artículos dictados al Sr. Fernández de Béthencourt, ferviente monárquico no sólo de España sino de todas partes, por el espectáculo de la revolución portuguesa, que tanto ha alterado el ser del país peninsular hermano. Por eso el artículo número XXXIX, *Los anticipos de la Historia: ante la revolución de Portugal*, es una verdadera elegía en prosa sobre la tragedia que acabó con aquella vieja Monarquía, «cuyos ocho siglos—en frase de Béthencourt—han sucumbido, sin saber cómo en unas cuantas horas de incomprendible locura». Del mismo modo el XLIII, *Portugal de más cerca: la ausencia de los Reyes*, pinta los males acarreados ya á Por-

tugal por la ausencia de un Rey casi niño. Y el artículo XLVII, *La Reina María Pía y la República de Portugal*, es una sentida lamentación contra la «joven República portuguesa», que muerta más de un año antes la Reina Doña María Pía de Saboya, publicó un edicto emplazando á aquella señora, *ausente en parte incerta*, para que satisficiera luego un puñado de *reis* que diz que era en deber en una Escribanía de Lisboa. Y el número XLVIII, *El Conde de Bertiandos: un gran señor en la emigración*, so pretexto de dibujar la figura moral de este prócer portugués, último Presidente de la Cámara de los Pares bajo la Monarquía es un reflejo más del actual estado de Portugal, en cuya vida la implantación de la República ha producido tan profundas modificaciones.

El quinto y último subgrupo de los artículos preferentemente subjetivos del libro del Sr. Béthencourt es el irónico, ó más bien, humorista, en el que campea la sátira fina y de buena ley de que, cuando así le place, sabe hacer terrible arma en sus escritos nuestro compañero. De los dos artículos aquí comprendidos, uno hay también inspirado por la flamante República vecina, ó bien mejor por uno de sus conspicuos representantes. Es el número XLII, titulado *Un capetino desconocido: la prosapia del Dr. Arriaga*; y, ciertamente, es de ver la donosa zumba de que hace objeto al primer Presidente de la República lusitana, por cuyas venas parece que corren, al decir de algún crónista republicano, algunas gotas de sangre de los mismísimos Capetos. En el otro artículo, el XLIV, que tiene por título *El toisón de oro de D. José Echegaray*, sólo de pasada se ocupa, y no para alabarle, en este alto honor concedido al ilustre dramaturgo; pero se burla con donaire de la democracia española al uso, tan propensa á otorgar Toisones, Grandezas, Títulos, cruces y condecoraciones, sin que le importe poco ni mucho de guardar el orden y elegir la oportunidad adecuados á semejantes casos.

Y paso ahora á ocuparme en el que he llamado grupo ó apartado *objetivo*, que asimismo fraccio en otros cinco subgrupos.

Forma el primero de éstos un solo artículo, que es el número III. Su título de *Mi primera nochebuena en Madrid: en el pala-*

cio del Conde de Cheste, anuncia bien lo que va á ser, y en efecto, es: un cuadro interesante y sugerente, una serie de retratos diestramente trazados con cuatro pinceladas de lo que era en Madrid la aristocracia de las letras de hace algo más de treinta años. En el segundo subgrupo objetivo incluyo dos artículos: el XL, *En los salones de Madrid: las fiestas y la Historia*, cierto, de los más curiosos de la colección, en el que el autor, ante el espectáculo que ofrece alguna gran fiesta de la alta sociedad madrileña, deriva de los nombres de los á ella asistentes el recuerdo de los fundadores de nuestras Casas nobles de más rancio abolengo ó de mayor significación moderna, ó el de los personajes que las ilustraron con sus hechos; y el XLI, *En la boda ducal: Córdovas y Henestrosas*, donde la boda del Duque de Medinaceli con la hija de los Marqueses de Camarasa hace recordar al autor hechos de los antiguos y modernos Henestrosas y Villadarias, antecesores y allegados de la joven Duquesa actual.

Considero yo como tercer subgrupo objetivo el compuesto por dos artículos que constituyen dos nutridas disquisiciones genealógicas. Son ellos el V, *Los parientes de Santa Teresa*, en que se trata históricamente de los linajes Cepeda y Dávila, y se pasa revista á muchos de los parientes de la mística doctora y á su descendencia hasta nuestra edad contemporánea, mentando algunas de sus principales conexiones con la Nobleza española actual; y el XII, *Boda aristocrática: Fernán-Núñez y Bivona*, en que, á propósito del matrimonio del Marqués de la Mina con Doña Silvia Álvarez de Toledo, aporta el autor históricos recuerdos y glorias de los títulos y linajes que forman la ascendencia de ambos contrayentes.

El más numeroso y nutrido de todos es el que yo tengo por cuarto subgrupo; y no es de extrañar, reparando en que la totalidad de sus artículos, que son diez y ocho, están dedicados á encomiar con justicia á ilustrísimos reyes y reinas, príncipes y princesas, á nobles caballeros y damas, generalmente contemporáneos nuestros y dignos todos ellos de loa por sus altos linajes ó por sus virtudes, ó por sus grandes hechos y merecimientos. El lector que los tales artículos saboree, hallará en uno de

ellos retratada la nobilísima figura de aquel Rey caballero que se llamó Francisco II de las Dos Sicilias (artículo X); contemplará el deslumbrador desfile de los esclarecidos príncipes y de las incomparables princesas de nuestra edad que forman la archiseccular Casa de Francia (artículos XIII y XIV); verá revivir en notable semblanza á la Reina Doña Isabel II (artículo XXV); reverenciará con el autor las altas prendas de la madre y de la esposa de Don Alfonso XIII, de las Reinas Doña María Cristina y Doña Victoria Eugenia (artículo XXXIII); *asistirá*, si vale la frase, á la boda de la Princesa Luisa de Francia, gentilísimo vástago del tronco de Orleans, con nuestro Infante Don Carlos de Borbón, augusto miembro de la Real casa de Nápoles (artículo XXXV), y sentirá todo lo que el autor siente ante esa *lis tronchada* de improviso, ante la muerte de la dulce y malograda Infanta Doña María Teresa (artículo L).

Conjuntamente, y así como al lado de las estrellas mayores y más hermosas esmaltan el firmamento otras, aunque también brillantes, de menor magnitud, salpícanse en el volumen entre los artículos á las regias personas consagrados, otros que atañen á ilustres varones y á virtuosas damas, ya desaparecidos los más del mundo de los vivos, vivos los menos, para gala y honor de la sociedad en que nacieron.

Así el lector trabará en algún modo relaciones, si ya previamente no las tuvo, con el difunto y caballeroso Conde de Cheste (artículo III), con tan linajudas y prestigiosas personalidades canarias, como D. Bernardo Cologan, Marqués de Sauzal y D. Juan del Castillo Westerling (artículos II y XVII), con el Marqués de Vistabella, el amigo entrañable del autor de este volumen (artículo XVIII), y con el actual Marqués de Rafal, discreto historiador del levantamiento de Orihuela en la guerra de Sucesión (artículo XXXVIII), el cual Marqués, de pasada sea dicho, demuestra una vez más que para nuestra asendereada nobleza no todo es guiar caballos y *autos*, jugar al polo, al *golf* ó al *bridge*.

Y cuanto á las damas españolas, prestan nuevo realce al libro el desfile que, con motivo del sensible fallecimiento de la que

fué última Duquesa viuda de Berwick y de Alba, promueve de grandes señoras contemporáneas, ilustres por su bondad, su talento ó su hermosura, á quien el autor trató en la sociedad madrileña (número XXVI); los sentidos elogios necrológicos de la joven y virtuosa Doña Laura Cólogan, Condesa del Valle de Salazar (número IV); de la Mariscala Narváez, primera Duquesa de Valencia (artículo XXIII), de la inolvidable Condesa de Sástago, XV entre los poseedores de este gran título aragonés (artículo XXIX), y de aquella *española de antaño* que fué por su enlace Condesa de Torres-Cabrera, y á quien por su vida y sus méritos compara justamente Béthencourt con aquellas otras insignes matronas del siglo XVI, que ajustaban su conducta á los consejos y á las normas del P. Francisco de Borja ó del Maestro Juan de Ávila (artículo XLV); y, en fin, para que todo no sean necrologías, los encomios tributados á la Marquesa de Bolaños y á sus *Rimas italianas y castellanas*, libro prologado diez años ha por el autor, nuestro compañero (artículo XXIV).

Un último subgrupo objetivo, en fin, establezco yo, y es el quinto, en el cual hallo tres artículos de notable erudición, dedicados, á pesar de sus títulos, que no prometen tanto, á dar noticia de ciertos príncipes modernos, ora sin relación familiar, ora agrupados por familias. Así, pues, el artículo XVI, *Príncipes católicos de Europa*, es una exacta, amena é interesante reseña de los Príncipes católicos y solteros que en Europa había en 1899, que por su edad y por su rango pudieran aspirar á la mano de Doña Mercedes, á la sazón Princesa de Asturias. El XXI, *Los Borbones de Nápoles: la familia del Príncipe Don Carlos*, da á conocer los parentescos y conexiones familiares de los personajes que componen hoy la esclarecida rama de la vieja raza capetina, que formó en la historia la Casa Real de las Dos Sicilias. Y, por último, el número XXII, *Los funerales de un Príncipe de Orleans*, con motivo del fallecimiento del Príncipe Enrique-Felipe, hijo del Duque de Chartres, pasa revista á los más de los Príncipes y Princesas de la casa de Orleans, filosofando hondamente acerca de la varia intervención en la historia de aquella singular familia, en la cual un miserable como Felipe-Igualdad,

cuenta como descendientes perfectos Príncipes y admirables Princesas.

Consagrada por entero la obra de Béthencourt á *Príncipes y caballeros*, es decir, á los optímates del mundo, en quien la nobleza y la elevación de ideas y sentimientos suele y ha solido justificar el latino dictado de *optimates*, que quiere decir *los mejores y más excelentes*, lógico es también que en el libro se cifren como en compendio y resumen los más nobles y levantados sentimientos é ideas.

Corren parejas en él el amor desapoderado á la Historia, verdadera meta para el autor desde que el uso de razón dejó sentir su influencia y un impenitente españolismo y una firme fe en los destinos de España, tanto más consoladores en estos tiempos de atonía cuanto que no es un peninsular, sino un isleño quien escribe; isleño, es cierto, tan español de nacimiento como un castellano, un catalán ó un gallego, del mismo modo que tan integrante parte de las Españas forma Lanzarote, su patria, como Toledo ó Segovia. Así ese irreducible españolismo, que me guardaré muy bien de considerar exagerado, le hace llamar á París «la gran ciudad retorta, de donde salen hace siglos todas las desdichas de Europa» (pág. 243); y aquella fe en los destinos de la Patria le hace sostener que la decadencia española, tan temida por unos, para otros ya descontada, y para él bien discutible, no se consumará, ni es sino pasajera y accidental (página 258); y le fuerza á abominar del desfallecimiento y del pesimismo «contra los cuales—dice—hay que batallar sin tregua ni descanso, á nombre de la Patria, enferma acaso, pero seguramente eterna» (pág. 259). Y ni que decir tiene que ese entusiasta amor á España, no le impide, antes le obliga á mantener dentro de sí ese *honesto espíritu regional* que en su libro se traduce por la añoranza, suavemente melancólica, de las islas Canarias, en que se meció su cuna, y principalmente de Tenerife y su incomparable valle de la Orotava.

No he de hacer hincapié tocante á otras condiciones que más y más avaloran el libro; en la profunda fe religiosa, en el providencialismo, en la bondad y alteza de muchos pensamientos, que

hacen de esta obra, desde el aspecto histórico tan excelente, una buena obra desde el punto de vista religioso y moral; en el fervor monárquico y dinástico, de que rebosan las páginas del libro; en el culto que rinde al noble y raro sentimiento de la verdadera amistad; en los elogios que justamente dedica á las damas españolas modernas y en general á la mujer española, que «sigue siendo—dice—casi siempre, la española ardiente y la gran cristiana de los gloriosos tiempos pasados» (pág. 288). Contrastará todo ello quien lea la producción en que me ocupó, ya que á mí sólo me es dable dar de ella muy ligera noticia.

Pero no concluiré sin señalar dos cosas dignas en mi juicio, por diversos conceptos, de ser registradas.

Es una de ellas que Béthencourt, tan amigo siempre de la nobleza, hacia la cual, naturalmente, le inclinan su nacimiento, su espíritu refinado y la índole de sus predilectos estudios, da lecciones más de una vez de verdadera democracia á ciertos *demócratas* que no tienen de tales sino el nombre con que se sirven adornarse. Así también él, defensor y paladín de la calumniada nobleza española, enderézale á las veces amargas verdades y de dícale otras sanos consejos de oportunidad indiscutible. «Lo que debe aconsejarse á la aristocracia española por los que la quieran bien—dice en una ocasión—es que mire hacia el porvenir sin renegar jamás del pasado á que todo lo debe, y que alimente siempre esa llama sagrada del amor al nombre, que lo mismo debe existir en los que simplemente lo tienen honrado que en los que lo ostentan glorioso» (pág. 114).

Lo segundo que he de reparar es que nuestro autor desenvuelve cuando bien le cuadra, condiciones de terrible polemista, manejando la ironía y enfilando los argumentos en forma tal, que sin detrimento de la urbanidad que debe existir, y en él existe siempre en las contiendas de pluma, deshace y pulveriza al adversario. Ello revela además la flexibilidad del ingenio del escritor que motiva este informe.

En resolución: la obra del Sr. Fernández de Béthencourt, es ante todo, por su peculiar índole, una obra histórica; y así por la novedad de los asuntos, por la gran erudición que siempre cam-

pea, por la amenidad en la exposición, por la buena casta del estilo y del lenguaje, como por otras razones que ya anteriormente quedan expuestas, es obra de mérito relevante, digna de estudio y de consulta y dignísima hermana de las otras hijas mayores del autor, que tan justa fama le han conquistado en los centros de cultura histórica europeos. De mí puedo afirmar que no tendría inconveniente en suscribir, entre otras, las siguientes estrofas de cierta bella poesía dedicada por un inspirado vate español contemporáneo (1) al Sr. Fernández de Béthencourt, con motivo de la publicación del libro *Príncipes y caballeros*:

«Tu verbo, libre de pasión, encomia;
y á sus conjuros levantarse veo
lozana Clio que hasta entonces momia
fué, guardada en las urnas de un museo.

»Injertas cuando cuentas las hazañas
de los que visten la mallada ropa,
en el árbol feraz de las Españas
la savia de cien árboles de Europa.

»Y hoy, en austera y elocuente prosa
el fruto de tu esfuerzo madurando,
tráeslo á las plantas de la Augusta Esposa
del regio sucesor de San Fernando.

»Y ella, este libro generoso y noble
al recibir propicia y sonriente,
una corona de arrayán y roble
pondrá sobre la plata de tu frente.»

Madrid, 7 de Noviembre de 1913.

EL CONDE DE CEDILLO.

(1) El Sr. D. Antonio de Zayas. Publicóse esta poesía en el periódico de Madrid *El Universo*, núm. del 14 de Junio de 1913.